

Juan Cueto

Yo nací con la infamia

La mirada vagabunda

Edición de Juan Cruz



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

Ilustración: Tomás Ondarra (detalle). Foto de Juan Cueto: Luis Magán

Primera edición: octubre 2012

© Juan Cueto, 2012

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2012

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-6347-5

Depósito Legal: B. 24472-2012

Printed in Spain

Reinbook Imprès, sl, av. Barcelona, 260 - Polígon El Pla
08750 Molins de Rei

PRÓLOGO: UN PAÍS LLAMADO CUETO

Juan Cueto es el primer personaje del Siglo de Las Luces que consiguió vislumbrar el Siglo de las Sombras (éste, sin ir más lejos) e iluminó nuestra mirada en el peor y el mejor siglo de los posibles, el siglo XX.

No es un *zapping* de siglos, que diría Benedetti: es verdad. Así es Cueto, así explica la historia y así vive en ella, armado de viejos diccionarios que combinó con las nuevas tecnologías, equipado, como el mejor de los futbolistas, con la técnica de Kubala y la capacidad tecnológica de Messi para jugar sin ser visto.

Un ser admirable. Como periodista, se adelantó a casi todo e inventó la crítica de televisión, algo que en su momento resultaba un riesgo pues era como saltar al vacío y desde el vacío, de Asturias al Atlántico y al mundo. No había nada: él inventó el contenido de la televisión, y luego la televisión debió hacerle caso. Y nació Canal +.

Pero antes fue la escritura. En uno de sus mejores artículos, que da título a este volumen, Cueto cuenta que nació con la infamia, la televisión; y en otro, que aquí se incluye igualmente, relata, parodiando también a Rafael Alberti, que nació con el cine, pues en el patio de su casa se veían películas.

Nació, en todo caso, con los medios del siglo XX, por así

decirlo, pero cuando ya era un escritor muy famoso en España, y a este país llegaba inclemente el poder de las nuevas invenciones, fue capaz de combinar el pasado con el futuro para vivir con más luminosidad el presente. Y por eso tenía en su antigua casa de Villa Kety los Corominas con las variables más actuales de las antenas parabólicas. Ese conocimiento de la cultura clásica, mezclada con las filosofías más atrevidas, entreveradas de Jorge Luis Borges y de Miguel de Molinos, convirtió su sintaxis en uno de los más brillantes ejercicios de estilo de la literatura de ensayo en los últimos cuarenta años.

Como en el buen fútbol, y sobre todo como Messi, pues Cueto es Messi por otras vías, Juan es un hombre de parábolas; las ha trazado para componer un nuevo diseño de lo que vemos; Canal + bajo su égida no sólo nació y se desarrolló, sino que fue a la vez una crítica del gusto y una expresión de respeto por el gusto; ese Canal + que él inauguró se llenó de las adivinaciones poéticas a las que siempre quiso someter el género con cuya infamia había nacido. El resultado de su pesquisa es tal que ni siquiera el tiempo ha sido capaz de romper el equilibrio (palabra, imagen, diseño, respeto por los contornos y preocupación por el fondo) que él le dio a su recreación de la televisión como una de las bellas artes.

Un día me dijo Alfredo Relaño, hablando de fútbol (el fútbol está indisolublemente unido a Canal +), que de este deporte sólo se puede hablar queriéndolo; los que se burlan del fútbol, me explicó el viejo amigo de Cueto, están condenados a arrepentirse. Lo mismo pasa con la televisión. Los que la desprecian están condenados a arrepentirse o a sucumbir a su influjo. Cueto siempre fue consciente del poder que la televisión ejerce sobre el ojo, cómo lo educa o lo atrofia, pero jamás se burló de su presencia o de su futuro. Eso le hizo el mejor crítico de televisión de nuestro tiempo y eso le llevó a la invención española de la más novedosa de sus aportaciones: el espectáculo encriptado.

Pero ése es el epifenómeno de la inteligencia de Cueto. En realidad, Cueto es un monje tibetano, un místico español, un bucanero inglés, un irlandés sarcástico, un italiano librepensador, un papa laico capaz de juntarse con el diablo para defender el derecho a descreer. Y esas distintas funciones que tiene, al fin, su nombre propio, Juan Cueto Alas, las ha ejercido escribiendo, hablando, paseando por veredas asturianas y por suburbios de Manhattan o Madrid, en busca siempre de una mirada nueva que él ha trasladado al papel o a la risa con la velocidad que caracteriza su estilo y con la profundidad de la que viene todo lo que sabe.

Es un genio ilustrado, un lector de pertinaz memoria, un ser humano que asocia ideas a millones de bits por segundo, un megalusuario de la cultura sin que ésta le venda nunca gato por liebre. Porque viene de la enciclopedia y por tanto todo lo que ha llegado a saber ha sedimentado en el ánimo de su alma a partir de las dudas que ha alimentado. Es un hombre de dudas y no de certezas: por eso desconfío siempre de las categorías, incluida la categoría de creer que ya sabía demasiado. Y siguió buscando.

Ese genio iluminado e ilustrado cumple siete décadas en 2012. Parece mentira que Cueto envejezca porque es mentira: no envejece, porque es inteligencia, fibra de lo que sabe, precipitado audaz de un siglo en el que todas las aleaciones fueron posibles y él halló las mejores, las que lo mantuvieran más alerta. Setenta, por otra parte, es un buen número; para muchos de nosotros, para mí mismo, llamarle el séptimo día de la semana para preguntarle qué debía pensar de la vida era uno de los regalos que me hizo el Señor, y no puedo saber si el Señor asistía a nuestras conferencias telefónicas o actuaba de telefonista. Nunca aprendí tanto de las nuevas tecnologías como cuando hablaba con Cueto por teléfono, pues convertía aquellas charlas en un trasunto moderno de lo que Platón lograba de Sócrates: saber más para contarlo. Yo le escuchaba y luego me iba a la

sección de Cultura de *El País* y hacía todo lo que él me había prescrito. Era entonces, y lo siguió siendo, un prescriptor platónico cuyo modelo era el sentido común pero alocado de la inteligencia. Y sus discípulos lo seguíamos ciegamente, como si él fuera la luz a bordo de un barco que iba a toda velocidad, llevándonos de grado a todos nosotros. Seguramente seguí mal sus advertencias o consejos, pero todo lo que hice bien, en aquel entonces, era porque traté de seguir lo que me dictaba su inteligencia distraída (es decir, su mirada siempre deambulando por los alrededores, que es donde está lo interesante)... Y lo que hice mal, seguramente fue porque mi inteligencia no me dejó entenderle.

La gratitud que siento por Cueto es enorme. Es como un hermano grande cuya voz y cuya mirada jamás se desprenden de mi memoria. Mi gratitud a él es sólo una obligación que ejerzo con la devoción a la que está obligado un hermano muy menor.

Por eso, por esa gratitud que siento hacia él, me resultó emocionante la propuesta del editor Jorge Herralde: ayudarle a reunir en un volumen aquellos textos que me parecieran canónicos de la metáfora que Juan Cueto le ha dado a la cultura europea contemporánea. Ese encargo es muy fácil de cumplir. Basta con seleccionar un número indeterminado de los textos de Cueto, de cualquier época o de cualquier asunto, para reflejar el rasgo principal de su inteligencia: la creatividad y el atrevimiento. Pues todo en Cueto es significativo y significado, él mismo es un sintagma acertado de lo que queda de la cultura en cuanto la despojas de los desperdicios. Cueto es proteína pura, como decía Rafael Azcona de los que son como él. Cuando España era una sustancia llena de sintaxis enrevesada, que ha sido casi siempre, Cueto aligeró de peso el bagaje de su cultura y ofreció materiales para que funcionara sobre lo más com-

plejo del mundo su mirada distraída, su sintaxis transitiva rompiendo los sargazos de un mar que para otros sólo era lodo. Nos hizo a todos amar una televisión que aún no existía; vislumbró, a través de la cueva del dinosaurio en la que se situó, una cultura distinta a la que existía y nos organizó el mundo para que éste fuera más vibrante y distraído. Nos envolvió en una vida en la que los milagros estaban por venir; él los adivinaba; adivinó la modernidad cuando aún calzábamos la casaca del antifranquismo, y cuando ya el antifranquismo no servía ni de calzado se puso las gafas de mirar más lejos. Y miró más lejos que todos nosotros; fue, y esto lo reitero siempre, el guía de una modernidad inteligente a la que muchos se resistían acaso porque añoraban la España de pandereta contra la cual vivíamos mejor.

A todo ello, a ser proteína pura en un mundo al que le sobraban grasas, no sólo le ayudó la inteligencia, sino el entendimiento, la aplicación a saber, a entender y a explicarlo. En el país de los tópicos ésa es una actitud arriesgada, pues es mejor nadar a favor de la corriente que en contra. Y él se aligeró, alegró su músculo intelectual, quitándose pesados de los lados; el ya citado Azcona decía que él no era un misántropo, al contrario, quería mucho estar rodeado, pero no soportaba a los pesados. Y Cueto es de esa estirpe. Le preguntaban cómo tenía tiempo de hacer tantas cosas (dirigir una revista, escribir sus columnas de televisión, promover congresos y encuentros, dirigir una televisión, asesorar a los que querían tener otras televisiones) y él mantenía una mueca de desdén consigo mismo: bah, si no hago tanto. Su secreto era la abstracción: se hacía a un lado, dejabas de verlo, se iba por las playas de Gijón o de la Costa Amalfitana, y regresaba con una nueva idea. Siempre volvía con un equipaje de refresco, y al contrario de muchos de los que hallan tesoros, él venía con oro para repartirlo.

Esa actitud de Cueto era, en aquel entonces de acopio y derribos, excepcional. Abrió puertas donde tradicionalmente se

cerraban, abrió caminos para otros y él se hacía a un lado, como si quisiera ser siempre el espectador excepcional que ya era ante el gran invento del cine y ante la gran infamia de la televisión.

En realidad, sus textos, de los que aquí hay una muestra infinitesimal, pues conozco a pocos escritores cuya labor en prensa sea tan aprovechable como la de Juan Cueto, son el resultado de esa mirada. Adivinó el porvenir ahora incierto (él lo decía) de la escritura, trabajó a caballo de una Europa indecisa cuando nadie vislumbraba los nubarrones que él predijo si no se apostaba por la cultura como globalidad y como excepción, detectó la mediocridad de la vida española si ésta no se basaba en el respeto por el humor y por el amor al humor... En sus textos no sólo hay humor y autobiografía, y de hecho en estos que he tenido la osadía de elegir he buscado sobre todo los que respondieran a estos dos parámetros, humor y autobiografía... No hay sólo eso, porque es imposible desgajar la producción literaria de Juan Cueto de cierta llegada melancólica a la conclusión de que la vida (en España) es la consecuencia de un esfuerzo inútil: ni la inteligencia vale, ni el humor vale, ni la osadía es suficiente; país de muros perpetuos y consecutivos, cierra la puerta a la valía y al riesgo, y se acomoda (ante el televisor, en la barra del bar, en la sala de las películas consabidas, en el chester de las conversaciones más tópicas que utópicas) para cumplir con el viejo dictado, tan nuestro y tan árabe, que repetía Sinuhé el Egipcio: «Así ha sido y será siempre.»

Cueto ha sido, en sus textos y en su vida, pues su vida es un texto también, un debelador del aire contemporáneo; como mi maestro Domingo Pérez Minik dijo de Lope de Vega, un disociador del aire que le rodea. Nos ayudó a respirar, utilizando para la escritura una imaginación que rompió barreras y buscó metáforas que no olieran a alcanfor sino a Cueto. Cuando llegabas a un texto suyo ya sabías que te ibas a hallar ante un texto fresco y ante un fresco generoso de su inteligencia; eso, en

algunos tramos de nuestra vida, no sólo fue un placer sino un modo de superar la modorra en la que ha dormido tantas veces a lo largo del último medio siglo la España cansada de cintura para arriba y de cintura para abajo.

Creo que Cueto es mucho más que un escritor de columnas, un promotor de cultura, un generador de ideas; en sí mismo, Juan Cueto es un país, un continente, un territorio que tiene sus ríos, sus orillas, sus volcanes, sus vericuetos y sus orígenes tectónicos en la conjunción de inteligencias pasadas, entre las que sin duda debe estar su ilustre antepasado, al que llamaron Clarín. Es un clásico, pues ha hecho perdurable su idea de modernidad, y es un moderno en el sentido que dieron a la palabra los que consideraban que ser moderno era audaz y peligroso. Es peligroso, en ese sentido, como eran peligrosos los Beatles, que querían echar por el sumidero del tren al viejo caduco y conservador de *Qué noche la de aquel día*.

Leerle era, en aquel entonces y después, una de las más alegres aventuras de la España en la que creció nuestro índice simultáneo de entusiasmo y melancolía. Él creó, entre otros, el concepto de la mirada distraída, y nos lo regaló como una manera de interpretar la realidad. Este libro de crónicas, columnas y adivinaciones es el resultado, el ejemplo, de lo que ha predicado como un don Juan rabiosamente contemporáneo, pues subió a palacios y bajó a tabernas, y en todas partes halló memoria del tiempo que ha ido viviendo.

Cuando Herralde quiso que se rebuscara en esos textos que Juan ha ido dejando dispersos en todas partes, con una generosidad que no es exactamente contemporánea pues es rara en este tiempo, me fijé que de lo que no había nada era de su creación más personal e íntima, por ser infinita pero regional: en ninguno de sus libros hay nada que escribiera en *Cuadernos del Norte*, probablemente porque en esa revista, que sirvió de puer-

ta a la modernidad atlántica que predicó, él mismo no escribió casi nada: como buen editor que ha sido, él abrió compuertas, pero no se hizo entrar por ellas; ni llamó a puertas, se le abrieron, y hoy, que al menos podemos proponer este balance de su inteligencia, tenemos la oportunidad de subrayar ese rasgo no menor de su disponibilidad para abrirle paso al genio ajeno dejando el suyo a un lado.

Con esa generosidad nos trató siempre a los otros. Y no es común, ya digo. El mundo en el que vivimos, y en el que Cueto ha desarrollado la múltiple variedad de sus oficios, muchos de ellos sin otros beneficios que el placer de hacerlo bien, es de una mezquindad sublime, pues oculta esa mezquindad en palabras que parecen sedosas y son cuchilladas. Él ha arrojado con humor esa alevosía, y mantuvo, como sugería Kipling en su famoso poema *If*, la cabeza erguida ante lo peor y lo bueno, de modo que su escritura, tan barroca como la realidad, tan sencilla como le dictaba su genio, jamás se mostró lesionada por sus humores más contingentes. Se lee su texto (el texto entero de su obra fragmentaria) como una novela, pues una novela ha querido ser, con su nudo y su desenlace. Es un escritor prolífico del que uno aprende lo que Jorge Guillén decía que era la sustancia de la poesía, como en Borges, por otra parte: lo que pesa es el aire, lo profundo es lo que vuela.

Ha sido sencillo recopilar, pero no fue fácil convencer a Cueto de que una recopilación de estas características valía la pena como guía exigua pero exigente para jóvenes que no tuvieron, en su día, nuestra fortuna de despertarnos escuchando esta sintaxis tan rica como sorprendente. A él no le parecía que fuera oportuno que molestáramos a las imprentas con el resultado de su mirada distraída sobre los sucesos del tiempo en que estas reflexiones fueron escritas. El editor, animado por la admiración y el afecto que compartimos, logró inclinarlo a favor de la publicación, en un solo libro, de esta gavilla de metáforas. Y, finalmente, sellamos su acuerdo en un marco que se parece

mucho al Cueto que está encerrado en este libro: una combinación de ilustrado clásico con el más moderno de nuestros contemporáneos. Pues nos citamos en un restaurante cercano a su legendaria casa de Villa Kety, donde vivió algunos de los años de sus fructíferos años gijoneses, y allí, hablando de la vida contemporánea, de nuestra pasión melancólica ante el devenir de un mundo que se deshace, degustamos una fabada fantástica, rotunda pero al tiempo aérea, bien hecha, y él se comió además un arroz blanquísimo con unas almejas que parecían hechas para ese instante de consciente felicidad, de regocijo amistoso. Y tomamos vino, claro, y brindamos, me parece, por el porvenir, cifrado ya en los que han de venir, los nietos que ahora nos animan la mirada. El marco, el restaurante Pondala, daba de sí para completar la metáfora que junta en Juan Cueto a todos los mundos y a todos los países: fue, en su instante asturiano, el lugar donde los Rolling Stones disfrutaron de la vida después de explicar su música ante reverentes rockeros de todas las edades. Pues algo de esa música irreverente e invencible hay en Cueto, en sus artículos y en su mirada, la que se conoce y la que se desconoce. Y ese latido es el que hemos querido traer ahora a los lectores de su obra reunida.

He buscado en un libro reciente, *Cuando Madrid hizo pop*, una antología muy variada debida a su amigo Miguel Barrero, un joven escritor asturiano; bucé en los archivos de la revista *Triunfo*, que fue hermana durante un tiempo de *Cuadernos del Norte*: ahí, en el *Triunfo* de Ezcurra y de Haro y de Márquez Reviriego, hizo Cueto algunas de sus adivinaciones en los tiempos oscuros, cuando España se desangraba entre el pasado pétreo de Chumy Chúmez y Ops y la ventana de la movida, con cuyo resplandor se cerró la revista, precisamente; y rescaté textos muy significativos, autobiográficos algunos, como «Yo nací con la infamia», de libros suyos dispersos, como *Pasión catódica* y *Exterior noche*. En cada uno de los artículos recogidos se indica la procedencia.

Es tan generosa la escritura de Cueto que, aun tratándose de artículos hechos para la ocasión (las columnas semanales o quincenales obligatorias), tienen el ánimo de perdurar, son clásicos desde que nacen, de modo que ya vienen con su contexto. En todo caso, son en sí mismos rememoraciones del tiempo que iba viviendo. Y, es curioso, el tiempo que iba viviendo se parece, en el subtexto que en todos se puede constatar, al tiempo que vivimos después.

Porque Juan Cueto es, entre otras muchas cosas, un adivino; por eso aquellas llamadas que yo le hacía cuando él era un chiquillo y yo me acercaba a él como si ya fuera un gurú de edad milenaria eran, en realidad, las llamadas a una sabiduría que a mí y a todos nos ayudó a tener la mirada distraída y a sobrevivir a los resplandores que él declaraba falsos o a las sombras cuya vida él animaba con sus dudas.

Este libro es una fabada, un concierto de rock, un ejercicio espiritual de Miguel de Molinos, un disco de vinilo, una paloma volando, un transatlántico, un avión de propulsión a chorro, un millón de entradas en Google, un atentado contra la Wikipedia, un partido de fútbol y la mirada distraída de un niño. Pues Juan Cueto es un país y es al mismo tiempo el mar que rodea a una isla. Un genio contemporáneo cuyos textos representan algo de lo mejor que han tenido las últimas cuatro décadas de asombro e incertidumbre, de invención, de entusiasmo y de desgana. Imprescindible brindar por él, que tiene setenta años ahora, y a todos nos ha ayudado a brindar con conciencia y emoción ante una vida que él nos ha ido haciendo más interesante.

JUAN CRUZ RUIZ,
12 de marzo de 2012

YO NACÍ CON LA INFAMIA*

Que Alberti me perdone, pero yo nací con la tele. Y eso sí que necesita mucho perdón e indulgencia en tierras tan dominadas por la tardoprogresía y el sermoneo *mid-cult*. Sobre todo, si no abjuras del invento y para más inri te dedicas a consumir sus maléficos rayos catódicos con la misma desfachatez con que destapas Coca-Cola.

Sí, yo nací con la infamia. Las cosas como son. Lo que pasa es que no me enteré de mi íntima relación con la pantalla infernal hasta mucho después, y no por despiste personal o por indigencia familiar; simplemente por el contumaz retraso que padece este país sobre el horario de llegada de las modernidades o moderneces de turno. No es cierto, por tanto, que mi generación sea contemporánea del cine, como insisten algunos para quitarse de encima la infamia.

Cuando yo nací, el cine era un invento narrativo viejo, nada escandaloso y culturalmente respetado en todo el mundo; incluso respetado por estos sures con tantísima tendencia a orientalizar. Es más, la adicción al cine fue para los de mi generación uno de los más importantes instrumentos de legitimación cultural, como se decía. Exagero. Sólo fue legitimador

* Recogido en *Pasión catódica*, Aguilar, Madrid, 1995.

para una parte de mi generación, sin duda la más poderosa, influyente y pelmaza. Porque entonces había dos maneras de aficionarse al ocio de la sala oscura; sólo dos, y antagónicas. Unos, los míos, nos enganchamos en las mugrientas y olorosas salas de sesión continua y programa doble, entre pipas y pajas; los otros, el adversario, en la sábana parroquial del cinefórum y en los coloquios del severo cineclub universitario, bajo el signo de la hostia y el martillo. Tal es el origen profundo, geológico, de esas dos irreconciliables Españas cinéfilas que luchan todavía por un puñado de subvenciones estatales.

Aunque llegué tarde a la tele, no puedo ser contemporáneo del cine por la sencilla razón de que fui parido tres años después de que el general Custer y Errol Flynn murieran con las botas puestas, de que Laurence Olivier soñara su imposible regreso a Manderley, de que Joan Fontaine sospechara del vaso de leche iluminado que Cary Grant le ofrecía con tanta parsimonia, de que Katharine Hepburn correteara por Filadelfia en línea casi recta hacia Spencer Tracy, y otros planos y secuencias de similar calibre mítico.

Seré más preciso. El día que yo nací, un lunes de marzo del curso del 42, los ejecutivos de la Warner visionaban la primera copia de trabajo de una cinta llamada *Casablanca*, muy ajenos a la que se iba a armar con aquella aparentemente sencilla historieta blanquinegra; mientras tanto, en los platós rivales de la Fox, Carmen Miranda rodaba la colorista secuencia de la señorita Tutti Frutti. Y lo más significativo o determinante: la tarde que fui al cine por primera vez (*Capitanes intrépidos*), Groucho Marx, mi héroe favorito, harto del cine, estrenaba en la cadena de televisión NBC un corrosivo show titulado *Apuesta su vida*.

Soy, por consiguiente, o por bemoles históricos, hermano cultural de los telefilmes, los magazines, los concursos, los culebrones, los telediarios catastróficos, los anuncios de sopas y detergentes, las repeinadas y maquilladísimas chicas de continui-

dad, los presentadores pollopera, los imperturbables bustos parlantes, la épica de las retransmisiones deportivas, el protagonismo de los entrevistadores, los reestrenos de la serie B, las risas de las *sitcom*, las galas egipcias del sábado, los mitos de la sobremesa y la geometría de las cartas de ajuste. Del cine soy hijo. De la novela realista, nieto.

Conviene aclarar estos detalles porque hay en estos momentos demasiada confusión en el patio audiovisual. El cine está a punto de ser centenario y la televisión cumplió ya su primer medio siglo. Lo cual quiere decir que hay por lo menos tres generaciones de terrícolas, concretamente urbanícolas, cuyos ojos vieron antes la luz del tubo que la luz de la calle; que descubrieron la sala del cine después de haber devorado en sus hogares toneladas de imágenes de todos los pelajes y metrajes, de ficción o de telediario, directas o enlatadas; y que tuvieron sed de Coca-Cola apenas destetados, mucho antes de conocer el sabor de la química amarronada y burbujeante.

Para estas gentes que nacieron con la televisión en el cuarto de estar, a veces delante de la cuna, y vivieron y viven unos ritos familiares regidos por el reloj del telediario, el horario de los telefilmes, la cronometría de los concursos y el ritmo de la publicidad tiene que resultarles muy extraño, por no decir descastrante, que a estas alturas haya que pedir perdón por ver la tele sin mala conciencia. O lo que aún les parecerá más fantástico: que exista una nada desdeñable tropa de intelectuales contemporáneos del invento, más o menos de la edad de sus padres, que además de no considerarse contemporáneos del invento por culpa de la cinefilia de la hostia y el martillo que tanto los legitimó, y de la que siguen viviendo como si aquí no hubiera pasado nada, se dediquen a deslegitimar fulminantemente a quienes admitimos sin rubor ni orgullo que nos divierten los azules de Hill Street, las peleas de *Luz de luna*, los gags de *Las chicas de oro*, las salidas de *Alf*; o que las estrellas de la pantalla de cristal nos seduzcan más o menos lo mismo que en

su tiempo nos sedujeron las de la pantalla de tela; o que no están mal los concursos de Ibáñez Serrador. O lo más obvio de todo: que todavía haya gentes autotituladas cultas que se escandalizan y cabrean porque alguien dice o escribe que le fascinan bastante más esas narrativas veloces y deslumbrantes, repletas de *información más diversión* (I+D), de algunos *spots*, *sitcom* y *videoclips* que ciertas películas y novelorías que aún confunden hondura y complejidad con estreñimiento narrativo y diarrea mental, o con los célebres tropos *mid-cult* del silencio y el quietismo; como si el pobre Miguel de Molinos, al cabo de lo mucho que padeció por empeñarse en charlar directamente con Dios, tuviera ahora que oficiar de santo patrón de esos intransitivos narratedios, narratimos o narranadas que se muerden la cola íntima y mínima, y espantan las colas. Sobre todo, las colas formadas por los hijos o nietos de la infamia. Porque esas generaciones que sintieron sed de Coca-Cola mucho antes de conocer el sabor de la Coca-Cola ya tienen la fórmula del I+D grabada en el código genético.

No recuerdo mi primer programa de televisión ni mi primera pasión catódica. Tampoco tengo memoria de mi primer telefilme, concurso o anuncio favorito. Es más: ni siquiera recuerdo la marca y el diseño del primer televisor. Y mucho me temo que aquí esté encerrado el secreto de la célebre diferencia intelectual de la tele con otros medios y mensajes; que esta amnesia electrónica sea el fundamento de la infamia, el germen de la bastardía, la raíz del desprestigio cultural que arrastra el invento y contagia a sus adoradores. Y es muy lógico que así sea. Porque si la pantalla de cristal carece de tratados con el mito de los orígenes, con los ritos de la nostalgia y con los hitos del recuerdo, y hay datos suficientes para sospechar que no es ésa precisamente la trinidad catódica, entonces se entienden muy bien las fobias africanas que el tubo provoca en esos gremios culturales que justamente viven de trabajar *full time* el trinitarismo narrativo de los orígenes, la nostalgia y el recuerdo. Segu-

ramente porque la dieta de la hostia y el martillo, unida a la atracción por la pastelería *mid-cult* y al colesterol mental acumulado por la salchichería de Frankfurt bloqueó para siempre la entrada de I+D en el ADN.

En un capítulo de este caprichoso librin sostenigo la descabellada hipótesis de que no hay primera vez en la pantalla de cristal. Los eventos memorables de la caja electrónica son siempre eventos de segunda o tercera emisión. Por repetición, reestreno, redundancia, *replay*, redifusión o rumorología. No hay *in illo tempore*. En el principio no fue el Verbo, naturalmente. Pero tampoco sabemos cuándo y por qué *la cosa* se hizo carne herciana o cableada, parpadeo casero, tótem del cuarto de estar. Ni cuáles fueron sus primeros pasos míticos; sean pasos gozosos, dolorosos o gloriosos. Sólo sabemos que *la cosa* habita entre nosotros.

Lo único personal e inaugural que recuerdo de este cacharro cincuentón tramado para liquidar la galaxia de Gutenberg es la primera vez que la pantalla casera provocó en mí incontenibles ganas de escribir sobre ella. La culpa la tuvo don José María Pemán, que en paz descanse. Fue en diciembre de 1969, en una revista periférica titulada *Asturias Semanal*. No tenía nada personal contra don José María pero su programa de TVE, *El Séneca*, lograba sacarme de quicio todas las semanas. Era insólito que aquella tertulia castiza del patio gaditano gozara de tantísima impunidad en plenas fiebres estructuralistas del 68. Había que hacer algo, me dije. Y ni corto ni perezoso le propuse al director de la revista, Graciano García, una columna irregular dedicada a comentar lo que chorreaba la pantalla del monopolio.

Si había secciones de crítica de libros, de cine, de música, de arte, de deportes (argumentaba yo con pasión anfetamínica e insensata) no entiendo, jefe, por qué diablos la prensa diaria o semanal carece de secciones especializadas en la crítica de televisión.

Mi único propósito, ya digo, era darle un palo al Séneca pemaniano, y más concretamente un palo barthesiano; de ninguna manera tenía intención de sacarme de la manga un subgénero periodístico o un infragénero cultural a costa del más desprestigiado medio de comunicación del momento, y seguramente de la historia. Que por entonces, no lo olvidemos, los mensajes del tubo estaban monopolizados por la Escuela de Franco, y las teorías, por la Escuela de Frankfurt. Por culpa de mi incontrolada y acelerada vehemencia argumentadora salí del despacho del jefe con el encargo de farfullar todas las semanas dos páginas de críticas y comentarios sobre la pantalla infame e infamante.

Le di el palo a Pemán, supongo que a base de progresemas baratos saqueados de la cosecha del 68. Desde entonces y hasta el mismo instante que escribo estas líneas de introducción y despedida estuve la friolera de dos décadas, sin paréntesis ni vacaciones, dedicado a comentar, vapulear, ironizar, exagerar, mitificar, disparatar, criticar, qué sé yo, las imágenes y sonidos que vomitaba el monopolio. Primero, ya digo, en *Asturias Semanal*. Luego, o al mismo tiempo, en *Triunfo* y otras revistas de la resistencia más o menos imaginaria. Por último, en las páginas diarias y amarillas de *El País*, y desde el primer día de la creación, requerido por Juan Luis Cebrián para que representara en su periódico el papel de sabueso del Ente.

Como comprenderán, veinte años escribiendo sin parar de televisión, y encima de una sola televisión, es un disparate periodístico. Ustedes perdonen. No lo haré más. Pero tuve que hacerlo, y no, o no sólo, porque entonces nadie lo hacía, sino porque aquella pantalla que contagiaba infamia era y es la referencia dominante, que dirían los comunicólogos únicamente severos. En 1969 no había por estos alrededores secciones periodísticas especializadas en crítica o comentario de televisión. Ahora bien, lo que escribían la mayor parte de los columnistas políticos, los articulistas de costumbres, los sociólogos de lo co-

tidiano, los ensayistas comprometidos, los filósofos del presente, los portavoces de la resistencia y demás brillantes articulistas serios era crítica o comentario de televisión, en primera o última instancia. Puro intrusismo. Había que darle la vuelta al calcetín, o a la tortilla. Había que utilizar los resplandores de la tele para hablar de la vida, y no hablar de la vida (política, claro) para acabar comentando las imágenes y los sonidos de TVE. No quería ser la versión actual de Monsieur Jourdain. Aunque lo que hacía sonaba demasiado a Mister Chance.

Conclusión: no sólo nací con la infamia y encima jamás hice apostasía de la religión catódica, el nuevo opio del pueblo, según repetían y aún repiten los de la hostia y el martillo; además, y por si fuera poco, dediqué la mitad de mi vida a mantener tratos diarios, íntimos y pasionales con el invento infernal. ¡Qué disparate! Veinte años garabateando folios a costa de una caja que sólo tiene cincuenta años. Confieso que he pecado de pensamiento y de palabra. Por tanto, es tiempo de pecar de obra, desde el otro lado del cristal. No sólo como penitencia; también para que el suicidio sea redondo. También la infamia exige simetría.